

LA TRADUCCIÓN COMO ARMA DE LA VIDA EN COMÚN

Para que el traductor deje de ser una sombra, deben abrirse las puertas del armario en la que todavía se obstinan algunos en encerrarlo.

Y afirmar su condición de autor y escritor que traslada el texto en su lengua original y lo convierte en un nuevo texto original en la lengua de llegada. Así como los buenos autores enriquecen su propia lengua con aportes significativos desde el punto de vista del estilo, la creación de imágenes, la renovación –incluso– de la sintaxis, el traductor es también un “creador de lengua”, ya que aporta con la calidad de su trabajo nuevas inflexiones al idioma y, por tanto, su obra ingresa en el acervo común que permite estudiar la evolución, el dinamismo, y hasta la dialéctica entre los usos orales y el registro de las variaciones que se producen en las formas escritas.

La Asociación de Traductores (Acett), que forma parte como sección autónoma de la Asociación Colegial de Escritores (ACE), fue creada en 1983, exactamente cinco años después de ACE. Entre otros aspectos reivindicativos propios de Acett, figuran el dignificar el oficio de traductor, luchar por su reconocimiento público, conseguir contratos que reconozcan su condición de coautor del texto traducido y, por tanto, afirmen el criterio irrenunciable de la obra como objeto de su propiedad, así como obtener tarifas cada vez más acordes con el aumento del índice del coste de la vida y el esfuerzo que implica una traducción de calidad. En estos casi 21 años, se ha avanzado mucho en ese camino y en el logro de tales aspectos, pero aún existen trabas y muros sociales que impiden su avance y profundización.

Nos sigue preocupando, por ejemplo, que los críticos literarios no siempre destaquen la importante intervención del traductor para que un libro sea posible en castellano. Y esto no quiere decir que los traductores esperemos siempre elogios y superlativos varios acerca de nuestro trabajo. Entiendo que es un compromiso que el crítico debe asumir con el lector: comunicar no sólo los buenos resultados, sino también los errores o flojeras en la tarea de traducir. Sería de desear que, cumplido este propósito, el lector comenzase a tomar conciencia de

que, además de leer una obra interesante, debe preocuparse por leer una obra bien escrita.

La convivencia social mejora gracias al énfasis que se ponga en la creación de nuevos ritos, no vacíos sino cargados de ese valor que los hace ineludibles: su necesidad. Es necesario pulir las herramientas del diálogo, atender a una mayor comunicación y tolerancia, cobrar conciencia de que cada sector de la actividad humana, por más minoritario que sea en el plano de las estadísticas, interviene e influye en la marcha de la sociedad. Desde el punto de vista de la visibilidad social, es importante que los niños, desde los primeros años de su proceso educativo, aprendan que el traductor no es un mero reproductor o copista sino un transmisor de cultura; y que la traducción es, en sí misma, un pretexto para reflexionar sobre la diversidad de lenguas y culturas.

En su juego de dobles, en el afán laborioso por construir una novela con rasgos verosímiles gracias a la interrelación de diversos puntos de vista y dobles narrativos, Cervantes introdujo a Cide Hamete Benengeli, *en realidad* autor de la historia, que fue traducida por un morisco aljamiado del Alcaná de Toledo (Parte Primera, capítulo 9), quien “contentóse con dos arrobos de pasas y dos fanegas de trigo, y prometió de traducirlos (los cartapacios) bien y fielmente y con mucha brevedad”. El narrador declara que “en poco más de mes y medio la tradujo toda”. No se me ocurre poner en duda la buena voluntad del morisco ni su desinteresada pasión por el oficio de traducir: en todo caso, no debería convertirse en ejemplo y modelo, ya que, por más tiempo que el personaje utilice para consumir esas pasas y ese trigo, el trueque no deja de ser un mero trámite de supervivencia, en el que seguramente interviene la vis cómica de Cervantes.

Todas las actividades, pues, de la Asociación de Traductores, tienden a acentuar esa conciencia de la importancia de nuestro trabajo. La revista *Vasos Comunicantes*, que cuenta con una considerable subvención de CEDRO, publica entrevistas, reseñas y artículos vinculados con el oficio, artículos cuyo rigor no es ajeno a un lenguaje accesible para lectores no especia-

listas. Entre otras actividades, figura nuestra participación en la Feria del Libro de Madrid y en la Fiesta de Sant Jordi en Barcelona, así como en varios actos y tertulias. Por otro lado, se están profundizando los contactos con universidades y otras instituciones a través del intercambio de información y conferencias. La página en Internet, <http://www.acett.org/>, ofrece datos sobre premios, importantes acontecimientos producidos en el campo de la traducción y un censo de traductores asociados que muestra su curriculum y los autores traducidos. Debe mencionarse asimismo la realización, en el mes de octubre, de las Jornadas en torno a la Traducción Literaria en Tarazona, que este año cumplirán su 12.ª edición, organizadas por la Casa del Traductor y Acett.

Que un 25% de los libros publicados en España sean traducciones supera el dato frío de la mera estadística. La industria editorial y, con ella, la labor divulgadora de otras culturas por parte de los traductores, son elementos más que suficientes para afianzar la conciencia del valor de este oficio.

Algunas reflexiones teóricas. Ya señalaba Fray Luis de León, en su traducción del *Cantar de cantares*, que el traductor debe trasladar y no explicar. Que no siempre es fácil encontrar equivalencias exactas con las palabras o fórmulas del texto original, pero que el traductor no debe caer en la tentación de explicar aquello que tiene entidad literaria porque concentra en una imagen la intensidad de un concepto.

Traducir significa llevar a cabo una labor artesanal en la que se comprometen la pasión por la palabra, el deseo de hacer buena literatura, buscando entre las distintas posibilidades del idioma las más precisas, por un lado, y las más próximas, por otro, a la intención del autor. El traductor es una especie de lector obsesivo que se propone traspasar el nivel superficial de la lectura e ir accediendo, poco a poco, a las distintas capas que conforman un texto. Por utilizar una imagen de Dylan Thomas, el traductor (el lector en grado superlativo) tiene que llegar a captar lo *inefable*, es decir, aquellos sentidos latentes en una palabra o en una expresión.

Pero incluso frente a textos sin pretensiones literarias –una guía de viajes, un relato de consumo, una noticia periodística–, el traductor necesita alcanzar ese nivel de corrección lingüística que permite leer un texto como si hubiese sido escrito por primera vez en la lengua a la que

//

Es importante que los niños (...) aprendan que el traductor no es un mero reproductor o copista sino un transmisor de cultura.

//

se traduce. Y no se trata de embellecer el texto original, si éste no tiene mayor vuelo. Se trata de poner en ejercicio, insisto, el amor por la palabra, el amor por la propia lengua. Sé que estas frases tienen algo de tópico y quizás un asomo de cursilería (hay palabras que se desgastan y se enferman, decía Julio Cortázar), pero caigo en la tentación de usarlas, sobre todo cuando se observan los descuidos y la falta de respeto por la lengua en ciertos programas televisivos, hasta en aquellos cuyo eje temático son, precisamente, las palabras. Confío en que la comisión designada por el que será nuestro próximo gobierno se ocupará de atacar esos desafueros. Hablar (y escribir bien) no significa solamente ser correcto: significa recuperar el sentido último de la palabra “comunicación”. La lengua no sólo transmite un mensaje puntual; transmite, además, una concepción del mundo y es, en tal sentido, un instrumento óptimo para mejorar la convivencia, estimular el diálogo, respetar la diversidad y comprender las diferencias entre los seres humanos. Sin dedos índices acusadores ni arrogancias belicosas.

Como reza uno de los epígrafes, firmado por George Steiner, de la página de Acett, “sin traducción habitaríamos provincias lindantes con el silencio”. Se nos educa, en general, para que vivamos nuestra actividad específica como un compartimiento estanco. Sin embargo, la plena conciencia de la importancia de la traducción y del buen trato a la lengua que nos vincula constituye el mejor camino para que la democracia no sea una mera ficción o un rótulo, sobado hasta el cansancio, en los discursos de circunstancias. Ello supone mantener viva la pasión por el buen uso del idioma. Como si siempre estuviésemos aprendiendo a hablar.